

de haber pecado no tenemos que esperar misericordia, y sin embargo, permanecemos envueltos en el pecado y en los vicios, como si no hubiésemos de morir y tuviésemos que presentarnos á un juicio terrible, á un tribunal rectísimo donde no se pronuncia una sentencia que no sea justa. ¡Oh! ¡Qué felices seríamos los cristianos si fuésemos tan dóciles y tan prontos para cumplir los preceptos del Evangelio, como Antonio lo fué para practicar los consejos!

Consideremos ya, señores, á nuestro Santo en la soledad, pero ¿nos será permitido profundizar su corazón, descorrer el velo que le oculta al mundo, contemplar sus obras, y seguirle paso á paso dentro de su humilde gruta? ¡Y por qué no! Los héroes de la Religión cristiana deben observarse, sus obras deben hacerse públicas para gloria de Dios, para utilidad de los fieles. Preparaos, pues, cristianos, para descubrir maravillas. Cual si tuviese que purgar grandes crímenes, aquel que era santo y puro, empieza á practicar austeridades que pasan á la naturaleza. Su ayuno era continuo, su cama la dura tierra. Su cuerpo lo cubre de cilicios, inventando para sí tormentos desconocidos. El ama estraordinariamente á su Dios, el amor es el que le ha sacado del mundo y le ha conducido al desierto, pero no ignora Antonio que el demonio tiene que presentarle crueles batallas, que ha de procurar vencerle y ha de ser un tirano encolerizado, pretendiendo hacerle caer en los pecados. Por esta razón el Santo se adelanta pidiendo al Señor le dé fuerzas, ofreciéndole sus continuas penitencias. Así fué en efecto: envidioso el infierno al ver tanta virtud, y conociendo los muchos que habian de salvarse por seguir la vida de Antonio, se propone

combatirlo con tentaciones continuadas, y tentaciones tales y tan duraderas cual no leemos las haya experimentado Santo alguno. Pero no hay que maravillarse de que Dios permitiese fuese tan tenazmente atormentado por las tentaciones nuestro Santo. ¿Habeis observado, señores, las grandes borrascas de los mares? ¿No habeis visto que cuando son agitadas por los aires las aguas, levantan espumosas olas que parecen tocar á las nubes, y que hacen desconfiar de su vida al mas diestro y acreditado piloto? Dios lo permite para hacer ostentacion de su poder y su grandeza, para que el hombre conozca su pequeñez y su miseria, su dependencia en suma del único *Ente in se*, del poderoso Dios que detiene la bravura de los mares en cuatro granos de arena, en el término que les tiene señalados. Así de este modo permite que los santos sean continuamente atormentados para gozarse en el triunfo de sus escogidos, para que conozcamos lo que puede la criatura ayudada de la gracia de Dios. Entremos ya en la narracion de sus combates. Lo primero que se propone el demonio es tentarle por la vanidad, por la representacion de las grandezas del mundo. El podia hacer un papel brillante en la sociedad, podia ser amado de todos por su bello carácter, podia ser feliz en el mundo, y mucho mas cuando era débil, flaco y sin fuerzas para la vida que habia escogido. Tal fué la primera tentacion. Antonio recurre á su Dios, le pide fuerzas, el Señor se las concede y se afirma mas en sus propósitos, quedando burlada la astucia de Lucifer. Pero es una verdad, señores, que el hombre puede huir del mundo, pero no puede huir de sí mismo, no puede separarse de su carne, y la carne es tan enemiga

del hombre como el mundo: al cláustro, á la soledad, al desierto, á todas partes camina acompañado de su enemigo. El entendimiento, el corazón no puede separarse de la criatura ¿y cómo apartará de sí el hombre las ideas de su entendimiento, los recuerdos involuntarios, los deseos desordenados de su corazón? ¡Ah! Que no puedo menos de recordar ahora los tristes lamentos del P. S. Gerónimo. Escuchadlos. «En esta vasta soledad (en el desierto) abrazado de los ardores del sol, me lleva mi imaginación á las delicias de Roma: en esta profunda cueva, en que no tengo mas comercio que con las fieras feroces, creo encontrarme como otras veces en una concurrencia mundana y que converso con las damas de Roma; ya el ayuno ha descarnado mi cuerpo, secado mi piel, y desfigurado mi rostro, aunque rasgo y crucifico mi carne y golpeo mi pecho con la piedra, todavía vive la llama impura en un hombre tan mortificado. Indignado contra mí mismo, huyo á mi celda, y casi la creo cómplice de mis pensamientos: me entro por los desiertos, resuenan los ecos de mis gritos, y muchas veces la noche que me sorprende en las selvas, no hace mas que aumentar con sus negros fantasmas, la turbación de mi corazón. ¡Cuántas veces abatido y estenuado mi cuerpo con el cansancio y las vigiliass está ya para rendirse! ¡Cuántas veces me he visto á las puertas de la muerte sin poder retirar mi corazón de sus extravíos! Terrible pasión, cuyos asaltos ni el ayuno, ni la mortificación consiguen evitar, cuyos ardores no acaban de sofocar las lágrimas ni la sangre. Tú ardes bajo este saco que me cubre; te mantienes en la misma ceniza en que yo te

sepulto, y mis suspiros irritan tus incendios (1).»

A Antonio, no podían recordársele como mas tarde á San Gerónimo las delicias de la sociedad, porque Antonio no habia nunca participado de ellas; pero á pesar de sus virtudes, no obstante sus austeras penitencias, el demonio trata de tentarle y le tienta en efecto por el feo vicio de la lascivia. Le representa, y esto sin tregua ni descanso, así en el día como en las mas altas horas de la noche, escenas deshonestas, goces que en dorada copa podia disfrutar en la sociedad. Antonio ni un momento para su consideración en tales visiones; su corazón estaba entregado á Dios por completo y él no conocia otros goces que los hermosos de la virtud. ¿Cederá el enemigo de su alma, viendo su virtud y su constancia, y se retirará de aquel lugar de penitencia conociendo que nada puede sacar de aquel santo ermitaño? Nada menos. Leed, mis amados, los anales que nos conservan y transmiten de una en otra generación la vida de Antonio. ¡Qué tempestades! ¡Qué tinieblas! ¡Qué rayos centellantes alrededor de la morada de Antonio! ¡Qué escenas tan espantosas, todas con el objeto de hacerle huir de la soledad! ¿Y conseguirá su intento el infierno? No: Antonio confía en Dios y con la cruz triunfa del demonio y sus tentaciones, y él mismo puede decirse que le provocaba al combate. Cuando se presentaban en gran número, y bajo horribles figuras, les reprendía haciéndoles ver su cobardía y poca fuerza, cuando se presentaban tantos y en tan continuas luchas para pelear con un hombre solo, sin armas ni defensa. Y sin mas armas que la cruz, sin otra fuerza que la con-

(1) S. Gerón. Epist. ad Eutoch. quæ incipit: Audi filia, etc.

fianza en Dios, vence siempre al enemigo de su salvacion, y no sale del desierto, hasta que conoce debe hacerlo para conseguir mayores triunfos para la religion.

Y ¿cómo no nos avergonzamos nosotros, al ver la constancia de Antonio, cuando débiles y miserables no necesitamos horribles visiones, sino una leve tentacion para caer en el pecado? ¿Y en qué consiste esto, sino en que no cooperamos fielmente á la gracia? No culpemos á la debilidad de nuestra naturaleza humana, porque ¿por ventura no era Antonio de nuestra misma naturaleza? ¿No estaba revestido de nuestra carne? Sí: la diferencia consiste en que él era hombre de fé y nosotros no tenemos por lo comun mas que una fé muerta, una fé sin obras que no puede justificarnos.

Al triunfo de las tentaciones añadid sus trabajos en la fundacion de la vida eremítica, en instruir á sus discípulos, en enseñarles el modo de triunfar de los enemigos del alma. Antonio es el padre de los solitarios, y cuando así le llamo y cuando añadido que fué el primer fundador de la disciplina monástica, el Patriarca de los Anacoretas, la estrella del desierto. No; yo sé bien que Elías se retiró al Carmelo, que Pablo y Juan Bautista tambien lo hicieron, pero tocóle á Antonio la suerte de ser el primero que estableciese reglas y reuniese discípulos en medio de la soledad.

Observad ahora á nuestro santo, cuando sabe que hay en el desierto otro solitario que, segun él creyó, le aventajaba en virtud: hablo de Pablo, aquel primer ermitaño, que convirtió el desierto en una escuela de caridad, aquel héroe que agoviado bajo el

peso de los años conservaba aun su primitivo fervor, el mismo fuego del amor divino que le condujera al desierto. Antonio desea encontrarle, ignora el lugar de su retiro, y por sendas desconocidas camina sin temor á la aspereza, ni á las fieras de los montes hasta conseguir el encontrar la gruta donde Pablo se ocultara del mundo, para estar visible solo á Dios. Encuentra al que buscaba, le abraza, le pide consejos, pero Pablo se disponia ya para el viaje de la eternidad: estaba al concluir su carrera y ya veia la corona que debia ceñir sus sienes en premio de sus trabajos y virtudes. Espiró Pablo, y Antonio se cubre con su vestido, con su humilde saco deseando siempre que se impregnaran en él la virtudes de aquel maestro de la perfeccion cristiana que tan tarde habia conocido. Vuelto Antonio á su soledad sigue en ella por espacio de muchos años, ocupando el tiempo en la práctica de las virtudes, y en la instruccion de los ermitaños sus discípulos. De este modo puede decirse que pasó su vida oculta en el desierto por amor á Jesucristo, saliendo victorioso en él de las tentaciones del demonio. *Vita vestra abscondita est cum Christo in Deo.* Veámosle ahora fuera del desierto para gloria de Dios, en la destruccion del arrianismo, lo que nos dará á conocer sus nuevos triunfos.

SEGUNDA PARTE.

Los siglos III y IV de la Iglesia en los que vivió San Antonio fueron de grandes persecuciones para la inmaculada esposa de Jesucristo. En el III, bajo el imperio de Maximino, Decio y Valeriano sucesivamente, las persecuciones fueron terribles y

el último de ellos en particular se habia propuesto concluir con la Iglesia, y tales fueron las medidas que para ello tomó, que lo hubiera conseguido si la Iglesia hubiera sido obra de los hombres, si no fuese una fundacion divina sostenida por Dios, contra la cual no pueden prevalecer las puertas del infierno. El Pontífice San Fabian en Roma, San Babilés en Antioquía, y San Alejandro en Jerusalem, y mas tarde el Papa San Sisto, San Cipriano obispo de Cartago y el ínclito é invencible español San Lorenzo, sellaron en aquella época, con su sangre la fé del Crucificado. Empero si grandes y terribles fueron estas persecuciones, ninguna de las diez que la Iglesia ha sufrido desde su fundacion puede decirse que ha sido tan violenta y terrible como la que experimentara á fines del siglo III y principios del IV bajo el imperio de Dioclesiano y Maximiano. La sangre humeante de miles de cristianos corria á torrentes por todas las provincias sujetas á los emperadores. Los mas crueles tormentos se inventaban para atemorizar á los cristianos, y las ruedas, los potros, las hogueras, los toros de bronce, las parrillas y otros instrumentos terribles, empleados estaban continuamente en aumentar el número de los mártires de la religion sacrosanta.

Mas como sino fuese suficiente tan cruel persecucion para llenar de dolor á la Esposa del Cordero, cuyos vestidos estaban tan salpicados de la sangre de sus fieles y amados hijos, tambien la heregía vino á esparcirse y á buscar prosélitos en el campo de la Iglesia. Varios fueron los heresiarcas del siglo IV, pero ni los errores de los *Donatistas*, ni los de los *Melecianos*, ni los de los *Apolinaristas*, ni las falsas doc-

trinas de *Macedonio*, ni los delirios de los *Priscilianistas*, y de otros varios herejes de aquel tiempo, se estendieron tanto y llegaron á tener tantos prosélitos como los errores de *Arrio*, que tuvo la temeridad de combatir la doctrina católica sobre la Divinidad de Jesucristo, sosteniendo impiamente que el Hijo de Dios, era una criatura formada como las demas, de la nada: capaz como las demas de virtud y vicio, no siendo eterno como el Padre. Los errores de los arrianos habian hechado tan hondas y profundas raices, que prontamente se estendieron por todas partes.

Ved aquí, señores, la causa, mejor diré, la noble, la santa causa de salir Antonio Abad de su gruta, de aquella gruta, testigo de tantos años de penitencia, de tantas mortificaciones, de tantas y tan heróicas virtudes. Las mayores dignidades, los puestos mas elevados de la sociedad, ninguna persecucion humana hubiese sido suficiente para sacarle de su soledad. Pero él sabe que los arrianos despedazaban las entrañas de la Iglesia, que hipócritas y malignos, habian engañado príncipes, sorprendido obispos, y atraído discípulos: que Arrio, no obstante haber sido excomulgado por su obispo, y condenado como hereje por un concilio, se mantenía tenaz en su herejía; llénase de celo extraordinario, sale del desierto, y empieza á trabajar con asiduidad oponiéndose á la herejía, y declarando guerra á muerte á los arrianos que habian tenido la osadía de publicar que Antonio seguía la doctrina de ellos, con el malicioso objeto y criminal designio de autorizar sus errores, por el buen crédito y fama que gozaba el santo solitario. Admirad, señores, los designios de la Providencia, los altos juicios de Dios incomprensibles á